

EL FARO

LLEVANDO LUZ A LAS NACIONES

Junio 2022

77



VIVIFICADOS POR EL ESPÍRITU

EDITORIAL

El apóstol Pablo, en su primera carta a los corintios, hace referencia a la peregrinación del pueblo de Israel por el desierto; nos dice que, luego de la salida de Egipto, todos estuvieron bajo la nube y todos pasaron por el mar; el Señor iba delante de ellos, como dice la Escritura, de día en una columna de nube para guiarlos por el camino y por la noche en una columna de fuego para alumbrarlos, a fin de que anduvieran de día y de noche (Éxodo 13:21). El trayecto para los hebreos, ha de haber sido algo sumamente impresionante, ya que la gloria y la provisión de Dios los envolvía, aunque a la vez ha de haber sido bastante agotador, pues tenían que seguir a la nube donde quiera que se moviera, ya que, de no hacerlo, se podían extraviar o morir fuera de su cobertura. También agrega Pablo que en Moisés, todos fueron bautizados en la nube y en el mar; y todos comieron el mismo alimento espiritual; y todos bebieron de la misma bebida espiritual, porque bebían de una roca espiritual que los seguía; y la roca era Cristo (1 Corintios 10:1-4).

Dios sustentó y fortaleció a su pueblo con alimento y bebida espiritual; dice el libro de Deuteronomio: Yo os he conducido durante cuarenta años en el desierto; no se han gastado los vestidos sobre vosotros y no se ha gastado la sandalia en vuestro pie. No habéis comido pan ni habéis bebido vino ni sidra, para que sepáis que yo soy el Señor vuestro Dios (Deuteronomio 29:5-6). El apóstol nos recuerda, que todas esas cosas le sucedieron a Israel como un ejemplo y fueron escritas, como enseñanza para nosotros, para quienes ha llegado el fin de los siglos (1 Corintios 10:11). Cuando el Señor Jesús estaba por terminar su ministerio en esta tierra, dijo a sus discípulos: Y yo rogaré al Padre y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre; es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros (Juan 14:16-18). Como dejó la nube y el pilar de fuego para guiar a Israel en su camino, a nosotros nos dejó al Espíritu Santo para ser guiados y vivificados por Él. El



evangelio de Juan relata que, en el último día de la fiesta de los tabernáculos, en la que se conmemora la dirección divina de Israel durante la peregrinación por el desierto, Jesús puesto en pie, exclamó en alta voz diciendo: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva. Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él, habían de recibir; porque el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7:37-39). Luego de la resurrección de Cristo, se manifestó a sus discípulos y les dijo que no salieran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, pues serían bautizados con el Espíritu Santo; cuando llegó el día de Pentecostés, vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban reunidos y se les aparecieron lenguas como de fuego, que repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas según el Espíritu les daba habilidad para expresarse (Hechos Cap. 1,2).

Los discípulos recibieron el Espíritu Santo y muchos prodigios y señales eran hechos por los apóstoles. De la misma forma en que aquellos hombres fueron llenos del Espíritu, sus corazones se mantuvieron vivificados por el poder del Espíritu de Dios. Han pasado más de dos mil años desde que el Señor nos dio al otro Consolador; el tiempo ha pasado y hoy más que nunca, la iglesia de Jesucristo necesita la guianza del Espíritu y el sustento espiritual de la Palabra y su poder vivificador, para llevar las Buenas Nuevas hasta los confines de la tierra. Tomemos las palabras de Miqueas, que dijo: Los videntes serán avergonzados y confundidos los adivinos. Todos ellos se cubrirán la boca porque no hay respuesta de Dios. Yo, en cambio, estoy lleno de poder, del Espíritu del Señor y de juicio y de valor, para dar a conocer a Jacob su rebelión y a Israel su pecado (Miqueas 3:7-8). Que Dios vivifique una vez más a su pueblo, con su Santo Espíritu para que todos podamos estar listos para el día de su venida.



DIRECTOR GENERAL
Pedro G. Legrand
Profeta

DISEÑO Y REDACCIÓN
Pedro G. Legrand
Jonatan Aguilar
Jorge Vásquez

TÉLEFONO/WHATSAPP
+502 54744779
CORREO

idcluzdelasnaciones@gmail.com

DIRECCIÓN
17 Avenida 5-62 zona 1
Ciudad de Guatemala

www.idcluzdelasnaciones.com

www.ministeriosluzdelasnaciones.com

LA PROMESA DEL PADRE

Cuando hablamos del Espíritu de Dios, podríamos decir que se nos presenta desde los primeros versos de la Biblia, ya que dice: En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas (Génesis 1:1-2). Desde un principio se nos muestra la naturaleza de Dios, es decir, que es Espíritu, tal vez esto no nos diga mucho, pues a pesar de que es un vocablo del cual hacemos bastante uso, a veces pasamos por alto este concepto. Según el DRAE, espíritu se puede definir como ser inmaterial y dotado de razón; aunado esto, debemos mencionar que la palabra hebrea utilizada acá es la H7307 rúakj, que quiere decir viento, aliento, espíritu de un ser racional; lo que nos habla que Dios, no está sujeto a la creación, a cosas materiales o mundanas; por eso Él mismo nos dice: No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre (1 Juan 2:15-17).

El Señor nos hace saber, que no debemos anhelar nada del mundo puesto que solo nos ata a la tierra, pero de Él, procede toda buena dádiva y todo don perfecto, toda la sabiduría, el conocimiento, el consejo y el poder, desciende de lo alto, del Padre de las luces, con el cual no hay cambio ni sombra de variación (Santiago 1:17), debemos anhelar todo lo que procede de Dios, pero ¿Cómo puedo saber qué es lo que procede de Dios y lo que no? Para esto, necesitamos que su Espíritu Santo more en nosotros, como dice la Palabra: Porque entre los hombres, ¿quién conoce los pensamientos de un hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Asimismo, nadie conoce los pensamientos de Dios, sino el Espíritu de Dios. Y nosotros hemos recibido, no el espíritu del mundo, sino el Espíritu que viene de Dios, para que conozcamos lo que Dios nos ha dado gratuitamente (1 Corintios 2:11-12). Desde un principio, el Señor había hecho al hombre a su imagen y conforme a su semejanza; podemos decir que eran seres espirituales, pero debido a su rebelión, pecaron en contra de Dios por escuchar a la serpiente, perdiendo así su condición espiritual y entraron a una condición carnal, entendemos entonces que la paga del pecado es muerte y que la muerte entró por un hombre y se extendió a todos (Romanos 5:12). Por causa de la rebelión de Adán, perdimos la unidad espiritual que teníamos con Dios, mas el Señor en su infinita misericordia, no permitió que permaneciéramos en esa condición para siempre, por lo que prometió, diciendo: Pondré dentro de vosotros mi espíritu y haré que andéis en mis estatutos y que cumpláis cuidadosamente mis ordenanzas (Ezequiel 36:27). El Creador no quiere que andemos en pecado y perezcamos, sino que Él derramará sobre nosotros de su Espíritu desde lo alto para llenarnos y a su vez seamos apartados del pecado, para que seamos agradables y aceptos delante de Él (Isaías 32:15); es gloriosa esta promesa, pues lo que Dios anhela es que seamos vivificados con el Espíritu Santo. Para que esto se cumpliera, el Señor mandó a su Siervo en quien puso su Espíritu, es decir a Jesús, el Cristo (Isaías 42:1); después de ser bautizado, los cielos se abrieron y el Espíritu de Dios vino sobre Él y una voz en los cielos dijo: Este es mi Hijo amado en quien me he complacido (Mateo 3:16-17). Más adelante cuando Jesús llegó a Nazaret, entró a

la sinagoga el día de reposo y se levantó a leer; le dieron el libro del profeta Isaías y abriendo el libro, halló el lugar donde estaba escrito, el Espíritu del Señor esta sobre mí, porque me ha ungido para anunciar el evangelio a los pobres. Me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos y la recuperación de la vista a los ciegos; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año favorable del Señor. Cerrando el libro, lo devolvió y los ojos de todos en la sinagoga estaban fijos en Él y dijo: Hoy se ha cumplido esta Escritura que habéis oído (Lucas 4:16-21). Jesucristo fue manifestado en la carne, tomó forma de siervo y empezó como hombre a manifestar la naturaleza divina de Dios, ya que, durante su ministerio en la tierra, hizo milagros, sanó a los enfermos, liberó endemoniados y aún mandó calmar la tempestad. Jesús como el primogénito del Padre, se convirtió en el precursor de la promesa, es decir, fue el primero, en quien el Espíritu Santo descendió y moró en Él (Juan 1:32-33), restaurando así la unidad espiritual que se había perdido entre Dios y el hombre; durante su ministerio en la tierra, el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7:39), por esta razón el Señor enseñó acerca del otro consolador, que habría de venir, es decir el Espíritu de verdad que nos guiará a toda la verdad (Juan 16:13); podemos ver, que la promesa del Padre, echa a través del profeta Joel, aún no se había cumplido, hasta el día de Pentecostés, cuando el apóstol Pedro dijo: Sino que esto es lo que fue dicho por medio del profeta Joel: Y sucederá en los últimos días, dice Dios; que derramaré de mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros jóvenes verán visiones y vuestros ancianos soñarán sueños; y aun sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré de mi Espíritu en esos días y profetizarán (Hechos 2:16-18).

Desde el día de Pentecostés, cuando el fuego del Espíritu Santo cayó sobre los ciento veinte que se encontraban reunidos en el aposento alto, sucedió tal como dice la Palabra: Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra (Hechos 1:8). Este evangelio, ha sido predicado alrededor del mundo, por medio de hombres ungidos, que han testificado por medio de hechos indiscutibles, como sucedió cierto día que Pedro y Juan, encontraron a un hombre, cojo desde su nacimiento, que pedía limosna a los que entraban al templo. Este viendo a Pedro y a Juan, les pidió limosna; entonces Pedro dijo: No tengo plata ni oro, mas lo que tengo, te doy: En el nombre de Jesucristo el Nazareno ¡Anda! Y en aquel momento, levantándose glorificó al Señor. El Señor Jesús dijo a sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: El que cree en mí, las obras que yo hago, él las hará también; y aún mayores que éstas hará, porque yo voy al Padre. ... Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre. Y agregó: No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros (Juan 14:12-21).

Como podemos ver, el Señor cumplió su promesa de enviar sobre nosotros su Espíritu Santo, así también, cumplirá la promesa de su pronta venida, de lo que ha dejado testimonio en nuestro corazón, pues dice la Palabra: ... Recibisteis el sello del Espíritu Santo que estaba prometido, el cual es la prenda o las arras de nuestra herencia celestial, hasta la perfecta libertad del pueblo que se ha adquirido el Señor, para loor de la gloria de Él mismo (Efesios 1:13-14).

PENTECOSTÉS

Sin lugar a duda, una parte fundamental de nuestro credo es el mover del Espíritu Santo y es que, desde los albores de la creación, describe la Biblia: En el principio creó Dios los cielos y la tierra. Y la tierra estaba sin orden y vacía y las tinieblas cubrían la superficie del abismo y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas (Génesis 1:1-2); en este punto, Dios comenzó una obra maravillosa, comenzó a ordenar la tierra, a crear las plantas, los animales y al hombre, a quien hizo a su imagen y conforme a su semejanza, el Señor puso en el hombre aliento o espíritu de vida y el hombre fue un ser viviente (Génesis Cap. 1; 2:1-7 ORO); Jesús nuestro Señor dijo a la samaritana, que Dios es Espíritu, por lo que entendemos entonces, la importancia de retomar la imagen y la semejanza del Señor que perdió Adán después de su caída (Génesis Cap. 3); teniendo esto en cuenta, el Señor trazó un plan de salvación para nosotros y envió a su Hijo unigénito en rescate de todos los pecadores (Mateo 20:25-28; 1 Timoteo 2:5-6).

La carta a los hebreos dice: Dios, habiendo hablado hace mucho tiempo, en muchas ocasiones y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo, a quien constituyó heredero de todas las cosas, por medio de quien hizo también el universo (Hebreos 1:1-2). Agrega: Acerca de esta salvación, los profetas que profetizaron de la gracia que vendría a vosotros, diligentemente inquirieron e indagaron, procurando saber qué persona o tiempo indicaba el Espíritu de Cristo dentro de ellos, al predecir los sufrimientos de Cristo y las glorias que seguirían. A ellos les fue revelado que no se servían a sí mismos, sino a vosotros, en estas cosas que ahora os han sido anunciadas mediante los que os predicaron el evangelio por el Espíritu Santo enviado del cielo; cosas a las cuales los ángeles anhelan mirar (1 Pedro 1:10-12) y dentro de las palabras de los profetas, se encuentra lo dicho por Joel, quien dice: Y sucederá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visiones. Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días (Joel 2:28-29); esta es una proclamación dada por el Padre, muchos siglos antes de la manifestación de su

Hijo, su Unigénito (Juan 3:16), quien dijo: ...Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo me vaya; porque si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero si me voy, os lo enviaré. Y cuando Él venga, vencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio; de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque yo voy al Padre y no me veréis más; y de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado. Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber lo que habrá de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que Él toma de lo mío y os lo hará saber (Juan 16:4-15).

Antes de su ascensión dijo el Señor a sus discípulos: No os corresponde a vosotros saber los tiempos ni las épocas que el Padre ha fijado con su propia autoridad; pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra. Después de haber dicho estas cosas, fue elevado mientras ellos miraban y una nube le recibió y le ocultó de sus ojos (Hechos 1:6-9). Los discípulos del Señor esperaban con ansias la llegada del Espíritu Santo, nos relata la Biblia: Cuando llegó el día de Pentecostés, estaban todos juntos en un mismo lugar. De repente vino del cielo un ruido como el de una ráfaga de viento impetuoso que llenó toda la casa donde estaban sentados y se les aparecieron lenguas como de fuego que, repartiéndose, se posaron sobre cada uno de ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse. Y había judíos que moraban en Jerusalén, hombres piadosos, procedentes de todas las naciones bajo el cielo. Y al ocurrir este estruendo, la multitud se juntó; y estaban desconcertados porque cada uno los oía hablar en su propia lengua. Y estaban asombrados y se maravillaban, diciendo: Mirad, ¿no son galileos todos estos que están hablando? ¿Cómo es que

cada uno de nosotros los oímos hablar en nuestra lengua en la que hemos nacido? Partos, medos y elamitas, habitantes de Mesopotamia, de Judea y de Capadocia, del Ponto y de Asia, de Frigia y de Panfilia, de Egipto y de las regiones de Libia alrededor de Cirene, viajeros de Roma, tanto judíos como prosélitos, cretenses y árabes, les oímos hablar en nuestros idiomas de las maravillas de Dios (Hechos 2:1-11). Podemos notar en esta situación, varios puntos a tocar; primero, estaban todos juntos, dice la Escritura: ...Mirad cuán bueno y cuán agradable es que los hermanos habiten juntos en armonía. Es como el óleo precioso sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, que desciende hasta el borde de sus vestiduras. Es como el rocío de Hermón, que desciende sobre los montes de Sion; porque allí mandó el Señor la bendición, la vida para siempre (Salmos 133:1-3); esto es una enseñanza para nosotros, pues el tiempo del Espíritu todavía no ha terminado como algunos se atreven a decir, es más, la iglesia de Jesucristo, necesita desesperadamente, ser guiada al Señor por medio de su Espíritu, por eso dice Pablo, que el hombre carnal, no puede entender las cosas del Espíritu (1 Corintios 2:14-15).

Sabemos que lo más difícil en la iglesia, es estar todos juntos en un mismo sentir, pues cada uno quiere pensar, hacer o decir, lo que le conviene, por eso nos aconseja la Biblia: Tened el mismo sentir unos con otros; no seáis altivos en vuestro pensar, sino condescendiendo con los humildes. No seáis sabios en vuestra propia opinión (Romanos 12:16); si rompemos con esos paradigmas, entonces podemos recibir la unción y la bendición como dice el Salmo. Segundo, juntos en un mismo lugar, mucha gente, antes, durante y después de la pandemia, tomaron la decisión de alejarse de la congregación, ya sea por miedo, por falta de perseverancia, por falta de amor, enojos o cualquier cosa que se interponga, olvidando lo que nos refiere el Texto: Y consideremos cómo estimularnos unos a otros al amor y a las buenas obras, no dejando de congregarnos, como algunos tienen por costumbre, sino exhortándonos unos a otros y mucho más al ver que el día se acerca (Hebreos 10:24-25). La victoria de la iglesia está en la unidad, la iglesia del principio nos da esa gran enseñanza, perseveraban todos en una misma visión, en un

mismo entendimiento, se movían como un solo cuerpo; lastimosamente, la iglesia global de nuestros tiempos se encuentra dividida y maltrecha, porque no estamos de acuerdo y dice la Biblia, que una casa dividida contra sí misma, no prevalece. Y tercero, todos aque-



llos decían, les oímos hablar en nuestros idiomas de las maravillas de Dios; podemos decir entonces, que la columna vertebral del pentecostés, es precisamente dar ese testimonio; que la iglesia este llena del Espíritu y de a conocer a toda criatura, las buenas nuevas del Evangelio, llevándolos al arrepentimiento y dando el fruto del Espíritu, el cual es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fidelidad, mansedumbre, dominio propio... Pues los que son de Cristo Jesús han crucificado la carne con sus pasiones y deseos; si vivimos por el Espíritu, andemos también por el Espíritu. No nos hagamos vanagloriosos, provocándonos unos a otros, envidiándonos unos a otros, sino levantémonos como un solo testigo delante de todas las naciones y llevemos la Luz hasta los confines de la tierra (Gálatas 5:22-26; Isaías 49:6).

MANIFESTACIONES DEL ESPÍRITU

Una de las características fundamentales de la iglesia del Señor Jesucristo, es el Espíritu Santo de Dios y su mover; desde el día de pentecostés, la iglesia manifestó al mundo, el poder de Dios y el conocimiento de sus maravillas (Hechos Cap. 2). Hay muchas manifestaciones del Espíritu Santo y para comenzar, vamos a hablar de la libertad, dice la Biblia: Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mateo 18:20). Y agrega: Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad (2 Corintios 3:17); pero ¿De qué fuimos libres? Muchos de nuestros familiares, conocidos y aún nosotros mismos, vivíamos atados a los vicios, brujería, hechicería, lujurias, etc.; pero cuando nos encontramos con el Señor, nuestra vida cambió y como dice la Biblia: De modo que, si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí, son hechas nuevas (2 Corintios 5:17); poco a poco el Espíritu, nos va a guiar a entender toda la verdad y con su ayuda entenderemos aún los pensamientos de Dios.

En el día de Pentecostés podemos ver la manifestación del Espíritu y dice: Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse (Hechos 2:4); en la llenura del Espíritu, se nos habilita para poder hablar en otras lenguas, aquellos que escucharon decían ¡Los oímos hablar en nuestros idiomas de las maravillas de Dios! Aquí pueden ser tres partes de esta manifestación; la primera, como dice el apóstol Pablo, la manifestación de diversas clases de lenguas (1 Corintios 12:28), ya que cada uno, los podía entender en su propio idioma, dice la Biblia de esta manifestación: Porque el que habla en lenguas no habla a los hombres, sino a Dios, pues nadie lo entiende, sino que en su espíritu habla misterios (1 Corintios 14:2); interesante, esto nos muestra que las lenguas se convierten entonces en un idioma personal para con el Señor y aunque nosotros mismos, no entendamos lo que hablamos, entendemos que es un acto de fe

hablarlas, como dice la Biblia: Y sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que Él existe y que es remunerador de los que le buscan (Hebreos 11:6). Esto quiere decir, que se cumple lo dicho al profeta Jeremías, cuando le dice: Clama a mí y yo te responderé y te revelaré cosas grandes e inaccesibles, que tú no conoces (Jeremías 33:3); por lo tanto las lenguas, no solo se manifiestan a la hora del servicio o culto, sino que se deben convertir para nosotros, en una forma de vida. La segunda parte de esta manifestación es que los que son llenos, hablen la lengua exacta de un país determinado, aunque no estén en ese país o conozcan el idioma; recuerdo que mi pastor (Pedro Legrand), cuenta una historia de una niña hablando sus lenguas y un extranjero estadounidense escuchándola y diciendo al pastor de la niña ¿En dónde aprendió el idioma inglés esta niña? Lo habla excelente, a lo que su pastor respondió, esas son sus lenguas.

La tercera, los oídos de una persona pueden ser habilitados para entender lo que esta persona dice en lenguas; volviendo a las anécdotas de mi pastor, cuenta que un día, un hombre de nacionalidad árabe, estaba en una congregación de habla hispana y en un momento determinado, los hermanos estaban orando en lenguas y el hombre empezó a escuchar que uno de los que hablaba, lo hacía en su idioma, él, muy sorprendido, habló al pastor diciendo que entendía lo que se decía; dice el apóstol Pablo: Procurad alcanzar el amor; pero también desead ardientemente los dones espirituales, sobre todo que profeticéis... Yo quisiera que todos hablarais en lenguas, pero aún más, que profetizarais; pues el que profetiza es superior al que habla en lenguas, a menos de que las interprete para que la iglesia reciba edificación (1 Corintios 14:1-5); aquí podemos mencionar otra de las manifestaciones y esta es interpretación de lenguas, esta es diferente de las antes mencionadas, puesto que no es que se entienda un idioma terrenal, sino más bien espiritual, es decir el idioma de Dios a

los hombres y este don, requiere la interpretación de las lenguas para edificación de la iglesia. El Señor Jesucristo habló a sus discípulos de otra de las manifestaciones del Espíritu Santo, cuando dijo: Aún tengo muchas cosas que deciros, pero ahora no las podéis soportar. Pero cuando Él, el Espíritu de verdad, venga, os guiará a toda la verdad, porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oiga y os hará saber lo que habrá de venir. Él me glorificará, porque tomará de lo mío y os lo hará saber. Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que Él toma de lo mío y os lo hará saber (Juan 16:12-15).

De estas palabras, podemos entender, que si el Espíritu no nos guía a la verdad que es Jesucristo, nos podemos confundir en el error y perder el camino a la salvación y a la vida eterna (Juan 14:6), por lo que es necesario llenarnos constantemente del Espíritu, cosa que logramos obtener por medio de la oración, la comunión, la adoración, pero sobre todo por el conocimiento de la Palabra por la revelación del Espíritu, ya que la Biblia dice que la letra mata, pero el Espíritu da vida (2 Corintios 3:6), tal como dice el apóstol Pablo a los tesalonicenses: Porque el misterio de la iniquidad ya está en acción, sólo que aquel que por ahora lo detiene, lo hará hasta que él mismo sea quitado de en medio. Y entonces será revelado ese inicuo, a quien el Señor matará con el espíritu de su boca y destruirá con el resplandor de su venida; inicuo cuya venida es conforme a la actividad de Satanás, con todo poder y señales y prodigios mentirosos y con todo engaño de iniquidad para los que se pierden, porque no recibieron el amor de la verdad para ser salvos. Por esto Dios les enviará un poder engañoso, para que crean en la mentira, a fin de que sean juzgados todos los que no creyeron en la verdad, sino que se complacieron en la iniquidad (2 Tesalonicenses 2:7-12).

Es decir que, el Espíritu de Verdad que mora en nosotros, su iglesia, detiene al espíritu de engaño, pero cuando el Señor arrebatte a los suyos, ya no habrá quien lo detenga, es por esto que necesitamos la manifestación del Espíritu Santo en nuestras vidas, como sigue

diciendo el apóstol: Sin embargo, hablamos sabiduría entre los que han alcanzado madurez; pero una sabiduría no de este siglo, ni de los gobernantes de este siglo, que van desapareciendo, sino que hablamos sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que, desde antes de los siglos, Dios predestinó para nuestra gloria; la sabiduría que ninguno de los gobernantes de este siglo ha entendido, porque si la hubieran entendido no habrían crucificado al Señor de gloria; sino como está escrito: Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han entrado al corazón del hombre, son las cosas que Dios ha preparado para los que le aman. Pero Dios nos las reveló por medio del Espíritu, porque el Espíritu



todo lo escudriña, aun las profundidades de Dios (1 Corintios 2:6-10). Finalmente, quiero recordar lo dicho por Pablo a los romanos: Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, los tales son hijos de Dios. Pues no habéis recibido un espíritu de esclavitud para volver otra vez al temor, sino que habéis recibido un espíritu de adopción como hijos, por el cual clamamos: ¡Abba, Padre! (Romanos 8:14-15).

LA VIDA EN EL ESPÍRITU

Cada familia tiene una manera de ser muy diferente a otras, pues cuentan con reglas e instrucciones que se les enseña a los hijos desde muy pequeños; esto influye mucho en su forma de ser, es decir en su identidad, comportamiento, costumbres, etc.; esto quiere decir que todos llevan un estilo de vida distinto según la forma de vivir de sus padres, dependiendo de si es buena o mala la conducta de los mismos; debemos tener en cuenta que esto se puede convertir en una cadena generacional, por lo que vemos a muchas personas y familias atadas y cautivas, algunos a los vicios, otros a la idolatría, otros al adulterio, etc.. Lamentablemente, las nuevas generaciones corren el riesgo de volver a retomar esa vida apartada de los caminos del Señor, algunas veces estas cadenas se saltan una generación o dos, por ejemplo, Acab, quien era hijo de Omri, este hombre había hecho lo malo delante del Señor y obró más perversamente que todos los que fueron antes que él y cuando murió, su hijo Acab reinó en su lugar y él también hizo lo malo delante de Dios, aún más que todos los que fueron antes que él, pero no bastándole, tomó por mujer a Jezabel, hija de Et-baal, rey de los sidonios y fue a servir a Baal y lo adoró (1 Reyes 16:25-31).

En este ejemplo, vemos cómo la enseñanza de maldad y perversidad de Omri, la había heredado Acab su hijo, por lo que vemos que el estilo de vida de ambos era contrario al Espíritu de Dios, por eso dice la Palabra: Sabiendo que no fuisteis redimidos de vuestra vana manera de vivir, heredada de vuestros padres con cosas perecederas como oro o plata, sino con sangre preciosa, como de un cordero sin tacha y sin mancha, la sangre de Cristo (1 Pedro 1:18-19), es decir que, el Señor puede redimirnos de la forma de vivir contraria a Él, que heredamos de nuestros padres; es por eso que el Señor nos dejó como guía al Espíritu, porque nos guiará a toda verdad (Juan 16:13). Pero ¿Cómo puede el Espíritu guiarnos? La respuesta nos la da el profeta Ezequiel, cuando el Señor habló a través de él diciendo: Os rociaré con agua limpia y quedaréis limpios; de todas vuestras inmundicias y de todos vuestros ídolos os limpiaré. Además, os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de

vosotros; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi Espíritu y haré que andéis en mis estatutos y que cumpláis cuidadosamente mis ordenanzas (Ezequiel 36:25-27). Es interesante ver lo que el Señor hace a través del Espíritu en nuestra vida; pues en este pasaje, notamos como primer punto la limpieza que Dios hace en nuestro corazón, ya que esto es necesario, pues no podemos seguir viviendo en el pecado, sino que ahora debemos vivir en santidad; para que esto suceda, debemos limpiarnos continuamente con la Palabra, es aquí donde el Espíritu Santo nos ayuda estar limpios, ya que Él es como fuego que purifica los metales y como el jabón que limpia la mugre (TLA Malaquías 3:2). Como segundo punto, a través de la limpieza y purificación que recibimos del Señor, también nuestro corazón y nuestro espíritu, serán transformados mediante su perfecta voluntad, ya que el Señor nos dará un corazón y un espíritu nuevo, es decir que, podremos discernir lo santo de lo profano; para que así nuestro corazón sea guardado en Dios, como dice la Escritura: Porque donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón (Mateo 6:21).

Como tercer punto, el Señor pondrá dentro de nosotros su Espíritu y Él hará que andemos en sus estatutos y que cumplamos con sus ordenanzas; por eso el Señor Jesús dijo: Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, Él os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho (Juan 14:26). El Espíritu nos mostrará el camino correcto y nos enseñará a guardar diligentemente la Palabra del Señor en nuestro corazón, como dijo el salmista David: Yo te busco de todo corazón y llevo tu palabra en mi pensamiento. Mantenme fiel a tus enseñanzas para no pecar contra ti. ¡Bendito seas mi Dios! ¡Enséñame a obedecer tus mandatos! Siempre estoy repitiendo las enseñanzas que nos diste. En ellas pongo toda mi atención, pues me hacen más feliz que todo el oro del mundo. Mi mayor placer son tus mandatos; jamás me olvido de ellos (Salmos 119:10-16 BLS). Nosotros como hijos de Dios, también necesitamos tener una vida en el Espíritu, pues no solo es vivir por el Espíritu, sino también andar bajo su

guianza (Gálatas 5:25), esto quiere decir que nosotros debemos ir a donde nos dirija y no a donde nuestra carne desee, pues bien dice la Escritura: Los que siguen los deseos naturales, sólo piensan en satisfacer esos deseos, pero los que viven en el Espíritu, sólo piensan en satisfacer al Espíritu (Romanos 8:5 PDT). Como le sucedió a Pablo, Silas y Timoteo, cuando pasaron por la región de Frigia y Galacia, pero el Espíritu Santo les impidió hablar la palabra en Asia y cuando llegaron a Misia intentaron ir a Bitinia, pero el Espíritu nuevamente no se los permitió, entonces por la noche, se le dio a Pablo una visión: Un



hombre de Macedonia estaba de pie suplicándole y diciendo: Pasa a Macedonia y ayúdanos; entonces enseguida procuraron ir a Macedonia, persuadidos de que Dios los había llamado para anunciar el evangelio, así que zarparon a Troas, con rumbo directo a Samotracia y al día siguiente a Neápolis y de allí a Filipos, que es una ciudad principal de la provincia de Macedonia, una colonia romana; en esa ciudad se quedaron por varios días y en el día de reposo, Pablo, Silas y Timoteo salieron a la orilla del río, donde pensaban que habría un lugar de oración; se sentaron y

comenzaron a hablarle a las mujeres que se habían reunido, sucedió que una mujer llamada Lidia, de la ciudad de Tiatira, que era vendedora de telas, que adoraba a Dios; el Señor abrió su corazón para que recibiera lo que Pablo decía, entonces ella y toda su familia fueron bautizados e invitó aquellos hombres a su casa (Hechos 16:1-15).

En este pasaje notamos como el Señor cerró las puertas para que Pablo y sus compañeros no llevarán la Palabra a Asia en aquel momento; aunque la Biblia no lo habla, podemos pensar que Pablo le pidió a Dios, que le enseñara el camino correcto para poder anunciar la salvación a los perdidos; el Espíritu le habló a Pablo por medio de una visión, que hizo que ellos se dirigieran hasta Macedonia; en este ejemplo, notamos cómo el Espíritu puede dirigirnos a lugares que no conocemos o no imaginamos ir; pues recordemos que nuestros pensamientos, no son los pensamientos de Dios, ni nuestros caminos sus caminos, porque así como los cielos son más altos que la tierra, así son los caminos y pensamientos del Señor, más altos que los nuestros (Isaías 58:8,9).

Si Pablo no hubiera prestado atención a la voz del Espíritu, Lidia y su familia no hubieran conocido de Dios ni tampoco se hubieran convertido; esto es importante, ya que nosotros a través de la guianza del Espíritu podemos llevar la salvación a muchos lugares, nos terminamos convirtiendo en una extensión del Señor aquí en la tierra, pero para eso necesitamos tener una vida en el Espíritu para ser guiados por Él, pues sino la tenemos, no podemos ir por el camino correcto, porque Él es el Camino, la Verdad y la Vida y nadie llegará al Padre sino por medio de Jesús (Juan 14:6); por lo tanto, si no vivimos por el Espíritu, no conoceremos al Padre y tampoco podremos llevar a otros delante de Él; por eso es necesario que como hijos de Dios, seamos guiados por el Espíritu, pues Él es quien se manifiesta en nosotros y nos enseña que debemos hacer, así como dice su Palabra: ...No os preocupéis de cómo o qué hablaréis; porque a esa hora se os dará lo que habréis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros (Mateo 10:19-20).

EL ESPÍRITU Y LA IGLESIA

En el primer capítulo de Génesis, se menciona por primera vez al Espíritu Santo, esto nos muestra la importancia que tiene en todo lo que Dios establece; cada vez que Dios hace algo, la persona del Espíritu está presente. La Palabra dice que la tierra se encontraba desordenada y vacía, había confusión y vaciedad y el Espíritu se movía, aleteaba, cubría, ordenaba los elementos para que Dios hiciera la restauración de todas las cosas; también nos dice que en el sexto día, luego de haber hecho los cielos y la tierra y todo lo que ellos contienen, Dios creó al hombre y lo puso en el huerto del Edén, advirtiéndole, que podía comer de todos los árboles del huerto a excepción del árbol del conocimiento del bien y del mal, ya que el día que de él comiera, de cierto moriría.

Posteriormente a la caída de Adán, Dios escogió a un hombre llamado Abraham, de cuya descendencia saldría uno que restauraría la brecha que el pecado formó entre Dios y el hombre, el Mesías, el Salvador del mundo. Esto nos recuerda lo que dijo el apóstol Pedro, luego de la sanidad de un mendigo cojo, en la puerta del templo llamada la hermosa: Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados, a fin de que tiempos de refrigerio vengan de la presencia del Señor y Él envíe a Jesús, el Cristo designado de antemano para vosotros, a quien el cielo debe recibir hasta el día de la restauración de todas las cosas, acerca de lo cual Dios habló por boca de sus santos profetas desde tiempos antiguos (Hechos 3:19-21); Jesús tenía que venir a morir por la humanidad para que por su sacrificio en la cruz, recuperáramos la comunión con el Padre. Isaías profetizó de los sufrimientos del Mesías, pero también sobre la gloria que vendría cuando dijo: Porque derramaré agua sobre la tierra sedienta y torrentes sobre la tierra seca; derramaré mi Espíritu sobre tu posteridad y mi bendición sobre tus descendientes (Isaías 44:3). De esto mismo habló el profeta Joel cuando dijo: Y sucederá que después de esto, derramaré mi Espíritu sobre toda carne; y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán, vuestros ancianos soñarán sueños, vuestros jóvenes verán visio-

nes. Y aun sobre los siervos y las siervas derramaré mi Espíritu en esos días (Joel 2:28-29). Siglos después, apareció un hombre llamado Juan el Bautista, predicando en el desierto de Judea diciendo: Arrepentíos, porque el reino de los cielos se ha acercado. Porque este es aquel a quien se refirió el profeta Isaías, diciendo: Vos del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced derechas sus sendas. Este hombre dio testimonio diciendo: Yo a la verdad os bautizo con agua para arrepentimiento, pero el que viene detrás de mí es más poderoso que yo, a quien no soy digno de quitarle las sandalias; Él os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego. El bieldo está en su mano y limpiará completamente su era; y recogerá su trigo en el granero, pero quemará la paja en fuego inextinguible (Mateo 3:1-12).

En una oportunidad, llegó Jesús, a una ciudad de Samaria llamada Sicar y se encontró a una mujer samaritana que había venido a sacar agua del pozo de Jacob; Jesús le dijo: Dame de beber y ella le dijo: ¿Cómo es que tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana? Respondió Jesús y le dijo: Si tú conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le habrías pedido a Él y Él te hubiera dado agua viva, refiriéndose al Espíritu Santo que había de venir (Juan Cap. 4). Más adelante Juan en su evangelio, relata lo dicho por el Señor, en el último día, el gran día de la fiesta: Jesús puesto en pie, exclamó en alta voz, diciendo: Si alguno tiene sed, que venga a mí y beba. El que cree en mí, como ha dicho la Escritura: De lo más profundo de su ser brotarán ríos de agua viva. Pero Él decía esto del Espíritu, que los que habían creído en Él habían de recibir; porque el Espíritu no había sido dado todavía, pues Jesús aún no había sido glorificado (Juan 7:38-39). Antes de ir a la Cruz, dijo el Señor: Si me amáis, guardaréis mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre y Él os dará otro Consolador para que esté con vosotros para siempre; es decir, el Espíritu de verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque ni le ve ni le conoce, pero vosotros sí le conocéis porque mora con vosotros y estará en vosotros. No os dejaré

huérfanos; vendré a vosotros (Juan 14:15-18). Antes de ascender al Padre, el Señor reunió a los discípulos y les mandó que no salieran de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, pues Juan bautizó con agua, pero ellos serían bautizados con el Espíritu Santo y agregó: Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo venga sobre vosotros; y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra. (Hechos 1:4-8). El día de pentecostés, estando todos reunidos, vino del cielo un ruido como el de una ráfaga



de viento impetuoso que llenó toda la casa y se les aparecieron lenguas como de fuego que se posaron sobre ellos. Todos fueron llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les daba habilidad para expresarse. Este fue el principio de la era del Espíritu Santo y el inicio de la iglesia. En aquel día luego de lo sucedido, el apóstol Pedro puesto en pie, predicó el primer sermón; Pedro les dijo: Arrepentíos y sed bautizados cada uno de vosotros en el nombre de Jesucristo para perdón de vuestros pecados y recibiréis el don del Espíritu Santo. Porque la promesa es para vosotros y para vuestros hijos y para todos los que están lejos, para tantos

como el Señor nuestro Dios llame. Y con muchas otras palabras testificaba solemnemente y les exhortaba diciendo: Sed salvos de esta perversa generación. Entonces los que habían recibido su palabra fueron bautizados; y se añadieron aquel día como tres mil almas. Y se dedicaban continuamente a las enseñanzas de los apóstoles, a la comunión, al partimiento del pan y a la oración. Sobrevino temor a toda persona; y muchos prodigios y señales eran hechas por los apóstoles. Todos los que habían creído estaban juntos y tenían todas las cosas en común; vendían todas sus propiedades y sus bienes y los compartían con todos, según la necesidad de cada uno. Día tras día continuaban unánimes en el templo y partiendo el pan en los hogares, comían juntos con alegría y sencillez de corazón, alabando a Dios y hallando favor con todo el pueblo. Y el Señor añadía cada día al número de ellos los que iban siendo salvos (Hechos Cap. 2).

Este fue el principio de la iglesia del Señor Jesucristo, llena del poder transformador del Espíritu Santo; a lo largo de estos dos milenios, ha habido también momentos muy difíciles en la historia del cristianismo, la tierra se ha encontrado desordenada y vacía, pero el Espíritu siempre ha estado ahí para restaurar las cosas y llevarnos de regreso al camino correcto. Luego de que, en el siglo III, la iglesia se romanizara, en el siglo XVI surgió un movimiento de Reforma protestante, encabezado por Martín Lutero, que provocó un cambio profundo en la iglesia. Desde los 1,700 hasta nuestros días el Espíritu Santo se ha movido en la iglesia provocando grandes avivamientos como los de Alemania, Gran Bretaña con John Wesley y George Whitefield; el de la Calle de Azusa con William Seymour, entre otros. Asimismo, seguimos clamando a Dios por un gran avivamiento antes de la venida del Señor. El apóstol Juan testificó: Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Y el que oye, diga: Ven. Y el que tiene sed, venga; y el que desea, que tome gratuitamente del agua de la vida (Apocalipsis 22:17). Como podemos ver, es necesario que seamos vivificados por el Espíritu Santo, para servir al Señor de todo corazón, así como sucedió con los huesos que revivieron según narra Ezequiel (Ezequiel Cap. 37).

DISFRUTA TU DÍA A DÍA



Radio online
EL FARO
Llevando Luz a las Naciones



DISPONIBLE EN
 Google Play



Disponibile en el
 App Store

Santa Cena

7 de agosto
10:00 a.m.

17 av. 5-62 zona 1

